

EL ESFUERZO BAJO SOSPECHA, O LA LOCA Y AMENAZADORA IDEA DE TRABAJAR POR EL PAÍS

Por Juan Luis GALLARDO

Por motivos profesionales – soy abogado, aunque trato de disimularlo – hube de constituirme hace poco en una gran fábrica recientemente cerrada, donde apenas se mantiene una actividad mínima, de orden administrativa.

Se trata de un edificio enorme alzado allá por los años cuarenta, en una Argentina todavía optimista. Sus líneas arquitectónicas no responden a la inclemente “funcionalidad” hoy en boga, vale decir que incluyen concesiones a la mera estética, regalando a la vista detalles poco utilitarios pero sí reconfortantes. La arquería de las amplias naves resulta armoniosa, los pavimentos están hechos con adoquines grandes de oscura madera incorruptible, los muebles de las oficinas son de roble claro.

La quietud y el silencio imperan en los dilatados recintos, donde ayer bullía intensa actividad. Retirada parte de la maquinaria subsisten las fundaciones donde se asentaba. El polvo se deposita en todas partes, a despecho del trajinar de un peón, con aire de jubilado, que barre parsimoniosamente. En el sector destinado a la administración el movimiento es mayor. Pulsada por su fantasmal dactilógrafo aún teclea, a ratos, una vieja teletipo. El cuero “capitoné” de algunos sillones se descascara. En lugar destacado lucen – dentro de marcos, importantes – los retratos finiseculares de dos hermanos, italianos, fundadores de este imperio fabril cuyo ocaso contemplaba yo, melancólico.

Todo parece organizado para frenar al que intenta hacer

Me detuve un rato frente a los retratos. Eran hombres fuertes estos capitanes de industria: así lo delataban sus mentores decididos, la firme dirigida hacia un porvenir necesariamente brillante, cuellos robustos apesados por el almidón que imponía la moda. Y me interesé por sus trayectorias, similar al fin a la de tantos otros extranjeros y criollos que, a partir del último tercio de siglo pasado, vieron premiados sus esfuerzos, su laboriosidad, su audacia, su frugalidad, su volumen de salir adelante, con los favores que otorgaban una Argentina generosa y eufórica.

Como prueba indubitable del éxito alcanzados por aquellos italianos que, incómodos por las galas asumidas para enfrentar al fotógrafo, me miraban desde sus retratos ovales, estaba la fábrica enorme, los escritorios de roble, la teletipo (alarde de progreso en su época), y una marca que acreditara en todo el país la calidad de los productos allí elaborados. Una marca consagrada por varias medallas de oro obtenidas en exposiciones internacionales, de esas que se estilaban y ya no se estilan.

Y, de golpe, advertí que, muy probablemente, esos dos triunfadores de ayer habrían fracasado hoy. Habrían fracasado si, como ayer, hubieran dirigido su empeño a producir en la Argentina. Puestos a cumplir tan siquiera con los infinitos recaudos establecidos para habilitar su incipiente taller, aquellos denominados inmigrantes bajarían la guardia, desalentados.

Sucede en efecto que en nuestra actual Argentina todo parece organizado para frenar al que intenta hacer, para castigar al que produce. Es como si pesara una grave sospecha sobre todo aquel que se proponga desarrollar una actividad productiva y, así, a poco que

eche a andar con su proyecto, se verá precisado a absolver posiciones en relación a sus designios. Y tendrá que llenar infinitas declaraciones juradas, por sextuplicado; interminables formularios, frente y dorso; boletas de inscripción en las reparticiones más exóticas, destinadas a controlar su peligrosa determinación a trabajar. Para peor, todo este plexo agobiador de obligaciones inconducentes no tienen contrapartida. Uno supondría, lógicamente, que semejante incordio reporta determinadas ventajas y, luego de poner en marcha la pesada maquinaria burocrática, favorecerá al interesado con determinadas medidas de apoyo, de fomento, tendientes a premiar un esfuerzo que, al fin de cuentas, beneficia también al cuerpo social. Pero no hay nada de eso. Ni créditos, ni exenciones, ni subsidios, ni reembolsos. Pues el fin último y único de tanto papeleo, de tanta inspección, de tanta indagación fastidiosa, se agota en sí mismo, responde en última instancia a disparar en alguna medida esa sospecha que – de entrada y porque sí – recae sobre quien concibe la loca idea de servir al país con su trabajo, con el ejercicio de una industria lícita.

Pujas, declamaciones y juegos de distracción

Los efectos funestos de la situación descrita se reflejan en una nación parapléjica, baldada. En la cual nadie produce. Nadie produce cosas concretas, tocables y mediables: mesas, tornos, sillas, computadoras, vacas, aceites, clavos, cereal. Una nación en la cual no se producen cosas concretas y donde todos nos hemos convertido en pasadores, en intermediarios, en vendedores de servicios prescindibles, en oferentes de humo al fin de cuentas. Y así nos va.

Como para empeorar, en panorama señalado aparece teniendo como marco una de las crisis más graves que ha conocido nuestra tierra, crisis de la cual no sé si el mismo es causa o consecuencia. Tampoco vale la pena establecer ese detalle, repitiendo a su respecto la discusión referido al huevo y la gallina. Interesa, si, reiterar que nos hallamos en medio de una crisis formidable cuyo único remedio consiste, precisamente, en producir con obstinación y en ahorrar sobre el pan y la sal. En trabajar y en no dilapidar.

Pero queda aún otro detalle detalle negativo para considerar. Que estriba en los juegos de distracción en que estamos sumidos mientras la crisis no devora. Cuando, en ámbitos oficiales, los esfuerzos y la investigación de cada funcionario deberían estar requeridos por el afán de arbitrar los medios necesarios para que, trabajando denodadamente y evitando hasta el más mínimo despilfarro, podamos salir del pozo, ocurre que, en cambio, los temas que solicitan el interés de los poderes públicos poco tienen que ver con eso. Y observamos con desaliento que las energías del gobierno se consumen en asuntos relacionados con conflictos de poderes, con pujas partidarias, con proyectos abstractos, con leyes declamatorias. Proyectos y leyes tales como penar la discriminación en razón de sexo o permitir que los niños mormones se abstengan de rendir homenaje a la bandera nacional (punto éste que excede lo declamatorio, por cierto).

No me gusta oficializar de rezongón. Pero a veces es necesario rezongar. Pues, al paso que vamos, quizá logremos que el equilibrio de los poderes funcione de un modo que maravillaría al mismo Montesquieu, pero en una república reducida a escombros.